

PROLOGO

... Y Ruth, la espigadora bíblica, fuese al campo de Booz, en el silencio crepuscular. Un lampo de nácar y amatista recogía al poniente —haz de fulgores— toda la luz evanescente. Y Ruth, curvando el talle grácil a la manera de una segur, alzaba la espiga que a la vera del camino dejaran caer los segadores. Y así fulgió en sus brazos otro haz de resplandores.

Una mano que evoca de Ruth la mano mítica, ha espigado por esos trigos de la política y hoy junta en estas páginas, como en guirnaldas vivas, los gajos apolíneos, las rosas efusivas que en la lucha cayeron, bajo el cerúleo dombo. ¿No es, acaso, la tierra de Silva y la de Pombo? —Prosas profanas —alguien dirá—, rítmicas prosas indignas de la lírica, pues no cantan las cosas bellas (según un rótulo convencional).

Diverso

criterio nos separa, pulcro censor. El verso es vaso santo o copa verleniana, no ahondo: mas que haya siempre un sorbo de licor en su fondo. Y así también recuerda que en un lejano día clamó el poeta: "Todo lo escrito es poesía". ¡Sí! Todo guarda el germen de la belleza. Todo esconde a su manera y recata a su modo un vago sentimiento o una diáfana idea en donde ya la estrofa-crisálida aletea.

Déja, pues, tus escrúpulos, pulcro censor, y escúcha este rumor de cítaras que surge de la lucha, más que duelo rimado, lírico simulacro, pues al extremo airado de cada acero, un sacro Numen prendió amoroso, durante la querella, en el uno una rosa y en el otro una estrella.

ROBERTO LIÉVANO.